

Viernes Santo B2024

Nadie puede escuchar la pasión de nuestro Señor Jesús y permanece indiferente. ¿Cómo podría uno permanecer impassible cuando un ser querido se ve involucrado en un drama? Seguramente cualquier ser humano puede morir cuando termine su tiempo de peregrinación en la tierra. Aquellos que mueren de manera especial como en cumplimiento del deber de la defensa de la patria son llamados héroes y su muerte un sacrificio supremo.

Pero, ¿qué se diría de aquel que, más allá del deber y de forma voluntaria, ofrece desinteresadamente su vida por amor a sus semejantes? La muerte de nuestro Señor Jesús en la cruz no suscita dudas y no pone en duda la verdad fundamental por la que perdió la vida. Nuestro Señor aceptó morir en la cruz, para cumplir la misión que le había encomendado el Padre de salvar al mundo.

San Juan dice: “Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna”. (Jn 3, 16). Inclinaoos nuestras cabezas en agradecimiento a nuestro Señor y nos arrodillamos ante su majestad en signo de nuestro homenaje a aquel que no dudó “en dar su vida en ofrenda por el pecado” (Is 53,10) del mundo.

La pasión de nuestro Señor es la pasión del amor. El sufrimiento de nuestro Señor es el sufrimiento de un corazón que amó tan profundamente que lo dio todo hasta la propia vida. La pasión y muerte de nuestro Señor son la prueba de su amor por nosotros y por el mundo entero.

Nuestro Señor vio ciertamente venir en el horizonte su muerte violenta. Sabía que su destino no sería diferente al de los profetas que le precedieron. Así como ellos fueron perseguidos, él también sería perseguido. Muchos entre los judíos cuestionaron sus enseñanzas y otros consideraron las señales que realizaba como obra de Satanás. Querían matarlo y vivirlos solos. Pero nuestro Señor no temió por su propia vida. Todo lo asumió con fidelidad y obediencia para cumplir la misión que el Padre le había confiado.

Isaías dice que “aunque lo maltrataron, se sometió y no abrió su boca; como cordero llevado al matadero o como oveja ante el esquilador guardó silencio y no abrió la boca”. Y, sin embargo, “fueron nuestras debilidades las que soportó, nuestros sufrimientos los que aguantó... Él fue traspasado por nuestras transgresiones, molido por nuestros pecados; sobre él recayó el castigo que nos sana, por sus llagas fuimos curados”.

La Pasión y la muerte de nuestro Señor son los momentos decisivos de su vida en los que eligió ponerse del lado de los pecadores para salvarlos. Aceptó el sufrimiento en su cuerpo y la muerte en la cruz para darnos vida nueva. Su muerte es una expresión de su amor por nosotros, un don de sí mismo y una autoinmolación por nuestro bien. Al hacerlo, nuestro Señor se convierte en “fuente de salvación eterna para todos los que le obedecen”.

Mientras meditamos en la Pasión de nuestro Señor, arrepintámonos de nuestros pecados y volvamos a Dios. No perdamos la gracia de Dios a través del sacramento de la confesión. ¡Que la Pasión de nuestro Señor nos lleve al arrepentimiento y a la conversión de corazón para que lleguemos a la celebración de la Pascua purificados y limpios de nuestros pecados! ¡Que el Señor nos ayude a crecer en la fe dedicando nuestra vida al bien de nuestros semejantes, como lo hizo Él, y continuando amando a su creación y a nuestro mundo! Amén.

Isaías 52: 13-53: 12; Hebreos 4: 14-16; 5: 7-9; Juan 18: 1-19: 42



Fecha de la Homilía: el 29 de Marzo 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240329homilia.pdf